

Los presos se encorvaban sobre los platos de comida en el comedor de la prisión. El ruido de sus bocas recordaba el chapoteo de chancletas de goma en el suelo mojado.

Durán removió la sopa. La grasa flotaba sin diluirse. Era una especie de sémola gris, parecida a la masilla de fontanero.

Chito levantó la cabeza del plato, seis o siete mesas más adelante, y sonrió a Durán.

Riquelme y Estévez, los funcionarios del turno de noche, hablaban de sus cosas. En la prisión llamaban a Riquelme el Pío-Pío por su manía de hablar.

-¡Eh, Riquelme! -lo llamó Durán-. Hoy toca banquete, ¡eh! ¿Cuánto habéis chorceado del presupuesto esta vez?

Riquelme se acercó despacio.

-Vaya, ¿haciéndote el gracioso, Durán?

-¿Te has comprado ya el coche? ¿O te vas a decidir por un abrigo de pieles para tu señora? Deja que lo piense. Si yo fuera tú me compraría un coche. Tu mujer no se merece un abrigo de pieles.

-Estás muy chistoso hoy, Durán. ¿Quieres que me ría?

-¿Con quién lo repartes, con ese? -señaló a Estévez-. Si seguís sisando del presupuesto, vamos a tener que comer virutas.

-Eres un payaso, Durán.

Durán se encogió de hombros.

-Os habéis forrado. ¿Cuánto habéis pillado cada uno? Estoy seguro de que trincáis a modo del presupuesto del rancho. Pero a lo mejor lo tenéis que repartir con los del otro turno.

Riquelme llamó a su compañero.

-¡Eh, ven un momento! ¿Sabes lo que dice este listo? Que robamos del presupuesto.

-El ladrón cree que todos son de su condición -dijo Estévez-. No le hagas caso. Está aburrido.

-Aquí debe de meter el cazo todo el mundo, porque la comida es cada vez peor.

-Oye, un momento. Aquí se cumple el reglamento a rajatabla. Si vuelves a faltar al respeto hago un parte. Ya estás enterado.

-Oye, tío. No es la comida de un hotel de cinco estrellas, pero se puede comer añadió Estévez.

-¿Sí? ¿Estáis seguros?

Durán metió la cuchara en el líquido viscoso. Se la llevó a la boca. Procuró no saborearla, que la lengua no se diera cuenta.

Riquelme continuó:

-¿Ves como está buena? ¿Qué es lo que quieres? ¿Caviar? A ti lo que te pasa es que eres un señorito. Eso es lo que te pasa. Pero ya se te bajarán los humos, ya. Mira a los demás cómo les gusta. ¿Lo ves?

Durán se puso en pie con los carrillos hinchados de sopa y la escupió en el suelo, a los pies de los funcionarios.

-¡Esto es una mierda! ¡No hay quien se lo coma!

-¿Qué haces, Durán, tío? ¿Te has vuelto majara?

Estévez se acercó.

-No empieces, Durán que te conozco. Siéntate o te meto un paquete. Te lo digo por última vez.

-¡Esto es mierda pura! ¡Me estáis envenenando!

El vozarrón de Chito:

-¡Dadnos de comer, desgraciados! ¡Esto es una guarrería! ¡Ni los perros se lo comerían!

Durán tiró la bandeja al suelo. Algunos presos se volvieron y observaron la escena, divertidos.

Chito había empezado a arrojar sopa con la cuchara a sus compañeros de mesa. Se armó un alboroto. Un buen número de internos secundaron a Chito y a Durán. El resto comenzó a golpear las bandejas con las cucharas. El estruendo era ensordecedor.

Jacinto, *el Loco*, se subió a la mesa.

-¡El Rey lo sabe ya y me ha contestado! -gritó-: ¡El Rey está de mi parte, la habéis cagado, boquerones! ¡Españoles todos, malagueños..., esta Imperial ciudad... !

Alguien le empujó, y cayó sobre una fila de hombres que fueron a parar al suelo. Hubo risas y maldiciones.

Riquelme chilló:

-¡Silencio! ¡Todo el mundo a su sitio!

Estévez se acercó al botón de la sirena. Si la hacía sonar, las puertas se cerrarían automáticamente y la Guardia Civil de rastrillos acudiría en menos de tres minutos.

Durán pensó: '¡Ahora!'

La patada le alcanzó a Estévez en el estómago. Gimió de dolor, los ojos abiertos de par en par por la sorpresa, y se dobló sobre sí mismo. Durán le agarró del pelo y le chocó varias veces la cabeza contra la pared y le tiró al suelo como un muñeco inerte.

Riquelme corrió hacia la puerta. Durán le alcanzó. Era consciente de que había traspasado una barrera que no podía controlar. Una furia ciega le invadió.

Riquelme retrocedió, aterrorizado.

-¡Estás loco! ¿Qué estás haciendo? ¡Motín, motín! ¡Socorro! -gritó.

Durán le tapó la boca.

-¿No me dices nada ahora de la comida, Riquelme?

Los ojos de Riquelme se velaron de espanto, de miedo ciego.

-Dame la llave de cocinas, rápido.

Riquelme negó con la cabeza.

-La llave o te mato, cerdo.

Durán le golpeó con el puño en la sien. Con fuerza. Una y otra vez. Riquelme cayó al suelo sin conocimiento. Durán le arrancó las llaves del cinturón y corrió hacia la puerta que comunicaba con la cocina.

-¡Chito, Chito! -llamó mientras corría-. ¡Chito! ¿Dónde estás?

El comedor se había convertido en un infierno de chillidos, risas y gritos. Los internos se arrojaban comida. Tiraban las mesas, que servían de parapetos. Chito no estaba por ninguna parte.

Durán gritó por última vez:

-¡Chito!

Llegó a la puerta y metió la llave. No se abría. Habían cerrado la puerta desde el otro lado.

-¡Portugués! -gritó-. ¡Abre, Portugués! ¡Soy yo, Durán! ¿Por qué has cerrado? ¡Abre!

Nadie respondió. El sudor comenzó a manarle de la frente. Sacudió los barrotes.

-¡Portugués, maldita sea, soy yo, Portugués!

La voz del Portugués surgió de la oscuridad.

-¿Durán?

-Sí, soy yo, abre. Abre de una vez.

Detrás, en el comedor, el ruido era cada vez más intenso. Más incontrolado. Los presos se habían arremolinado alrededor de los funcionarios e intentaban lincharlos. Chito le pateaba la cabeza a Riquelme, que lloraba y suplicaba.

Zaldívar, *el Portugués*, habló desde el otro lado de la puerta.

-Eh, Durán, así no era como lo habíamos pensado. Se están cargando a los boquis. Es mejor que deje la puerta cerrada.

-Portugués, van a llegar los picoletos de un momento a otro. Abre o te juro que no descansaré hasta matarte, te lo juro.

-¿Y Chito dónde está? No puedo abrirle luego a él.

-Chito está muy entretenido matando a los boquerones. Si aprecias tu vida, mete la llave en la cerradura y abre.

Durán alargó la mano por entre las rejas. La mano se perdió en el vacío. Volvió a gritar.

-¡Portugués, abre!

La sirena de la prisión comenzó a sonar. Era un sonido cortante, hiriente. En ese momento se abrió la puerta de la cocina, y Durán se abalanzó dentro y la volvió a cerrar.

Los cocineros y los pinches se habían situado en uno de los rincones. Zaldívar, *el Portugués*, era pequeño, renegrido y llevaba un paquete envuelto en papel de estraza.

-¡No era así, Durán, no era así!... Yo, escucha..., yo no me voy así, no puedo. Están matando a los boquis.

Durán le arrebató el paquete. Sacó un pantalón y una camisa que imitaban el uniforme de los funcionarios. Se quitó su ropa y se puso la otra.

La sirena seguía aullando. Durán se arregló el cuello de la camisa y la corbata y respiró hondo. Al abrirse la puerta, al entrar la Guardia Civil, él sería un boquerón.